RESEÑAS

Terry Eagleton, *Por qué Marx tenía razón*, 2011, Barcelona, Península, traducción de Albino Santos Mosquera, 256 pp.

RECEPCIÓN: 27 de junio de 2014.

ACEPTACIÓN: 7 de julio de 2014.

Caminando en Santiago de Chile por la comuna de Providencia, por la calle del mismo nombre en dirección a un café en donde había quedado de encontrarme con un amigo de la Universidad y de la vida, me tropecé con una librería de cuyo nombre no quiero acordarme. En una de sus vitrinas sobresalió a mis ojos un libro con un título que me resultó especialmente llamativo, otros lo podrían definir como provocador o nostálgico: *Por qué Marx tenía razón*. El nombre del autor no me decía nada y el título mucho, entré y pedí que me lo mostraran; vi el índice, prefacio, los capítulos del uno al diez, señalados en sus páginas correspondientes, la conclusión, notas e índice analítico. Junto con esto, otro elemento, si bien no decepcionante, sí desalentador: su precio, treinta y tres mil pesos chilenos, aproximadamente setenta dólares, cerca de mil pesos mexicanos. Haciendo honor a mi mujer, que decía que yo soy muy peligroso para la economía familiar en una librería y con tarjeta de crédito, lo compré. Era diciembre del 2012; se podrá decir que me he tomado mi tiempo para leerlo. Y es verdad, pero en mi caso no es raro. Soy desordenado en general y más como lector, leo simultáneamente varios libros y entre el 2012 y el 2014 he terminado algunos, entre ellos éste. Agregaré que, además de mi desorden, en mi concepto ésta es una obra desafiante, que uno tiene que leer y releer, polemizar, acordar, discordar; también asumir que podemos sacar distintas conclusiones sobre afirmaciones del autor y de Marx, y que podría ser posible que en la actualidad sea necesario repensar y poner en duda todo lo que Marx propuso, o suponemos que propuso, o interpretamos que afirmó en su tiempo. Pero como el propósito del autor

RESEÑAS

es demostrar que Marx tenía razón y sus críticos están equivocados, es un desafío para mí tratar de reseñar su planteamiento ya que, en general, creo tener una gran coincidencia con muchas de sus afirmaciones, aunque también algunas diferencias.

En los primeros cinco renglones del prefacio, Eagleton se pregunta por lo que será el núcleo de todo su planteamiento: “¿Y si todas las objeciones sobre Marx que se plantean habitualmente estuvieran equivocadas o, cuando menos aun sin ser desatinadas del todo, sí lo fueran en su mayor parte?” Dos suposiciones como éstas en las condiciones actuales en que la respetabilidad intelectual de Marx ha sido arrastrada por los suelos por todos aquellos que, conociendo o no su obra, son capaces de jurar que todo lo planteado por él se ha demostrado falso, equivocado o, en el mejor de los casos, como utopías irrealizables; que no responde a ninguna realidad, sino a supuestos, invenciones de un soñador, o a la perversidad de un resentido social que odiaba la clase social de la que era originario.

La sola hipótesis de que esta proposición de Eagleton pudiera ser posible me resulta espeluznante: ¿qué haríamos con tanto demoledor gratuito o interesado de la obra de Marx (Engels)? ¿Con los miles de sepultureros que han conducido el cadáver de Marx a cuanto panteón existe en el planeta, sin tanto drama, con aquellos que han concedido que el pensador socialista (comunista) del siglo XIX pudo haber tenido alguna validez en su tiempo, pero que en la actualidad, en el mejor de los casos es solo una pieza de museo? La verdad, siento que hay que tener valor para hacer una afirmación como ésta, y más todavía para intentar fundamentarla cuando todos o casi todos los expertos en temas políticos, económicos y sociales, sin duda descalificarían si se tomaran la molestia de leerlo.

Así, inicié mi lectura de este autor alejado de la prudencia y carente de autoestima (es posible que yo también lo sea). Quiero agregar que no he leído ni reseñas ni comentarios sobre esta obra: hice una rápida revisión en Internet, pero nada encontré —no voy a presumir de mi conocimiento en el uso de la red, pero tampoco es tanta la ignorancia—; seguramente existen, pero no tuve la suerte o la habilidad para encontrarlas. Imagino que más de algún sabio habrá puesto a este presumido hijo de la pérfida Albión en su sitio.

En el ya citado prefacio, el autor deja claro qué fechorías intenta cometer: “Me propongo exponer no la perfección de las ideas de Marx, sino su plausibilidad”; nos ofrece considerar además “las diez objeciones más convencionales formuladas contra el pensador alemán, sin ningún orden concreto

de importancia y trato de refutarlas una por una”. Para no aburrir a nadie he tratado de reducir al mínimo estas diez objeciones:

- 1º El marxismo está acabado, si tuvo alguna relevancia en su tiempo hoy todo es distinto: en las sociedades occidentales postindustriales con diferenciaciones sociales cada vez menores, el mundo ha cambiado para siempre y para mejor.
- 2º La gran distancia que existe entre el marxismo teórico y la brutalidad de su práctica puede resultar bueno para algunos académicos occidentales acomodados, que dan la libertad y la democracia por descontado, pero que para la inmensa mayoría de la sociedad han significado hambre, penurias, torturas, trabajos forzados. El socialismo significa ausencia de libertad, privación de bienes materiales, pues tal es la consecuencia irremediable de la abolición de los mercados.
- 3º El marxismo es determinismo. Hombres y mujeres son objetos de la historia, carecen de libertad e individualidad. Marx creía en la existencia de ciertas leyes de hierro de la historia que se manifiestan con fuerza inexorable que ninguna acción humana puede resistir.
- 4º El marxismo es un sueño utópico. En él todo será perfecto, todos seremos buenos, no habrá sufrimiento, ni violencia ni conflicto. Todo será armonía. Cándida visión del futuro.
- 5º El marxismo reduce todo a la economía. Todo lo valioso, el arte, la religión, la política, el derecho, la moral, etc., son entendidos como meros reflejos de la economía y la lucha de clases.
- 6º Marx era un materialista. No le interesaban los aspectos espirituales de la humanidad, despreciaba la religión y su moral; se regía por el principio simple de que los fines justificaban los medios. Por esto, sus seguidores (discípulos), basados en estas enseñanzas, han cometido atrocidades, como Stalin.
- 7º Nada hay más obsoleto en el marxismo que su tediosa obsesión por la clase. La clase obrera ha desaparecido. Vivimos en un mundo social donde la clase importa cada vez menos. El obrero revolucionario, como el malvado capitalista de sombrero de copa, no existen más que en la imaginación marxista.
- 8º Los marxistas abogan por la acción política violenta. Optan por el caos sangriento de la revolución: marxismo y democracia son conceptos antagónicos.

RESEÑAS

9º El marxismo cree en un Estado todopoderoso: así lo muestran las sociedades que lo han puesto en práctica.

10º El marxismo hoy no tiene un lugar en la historia: todos los movimientos sociales importantes se sustentan en principios diferentes.

La primera “ocurrencia” es que no es fácil ser marxista; esta forma de entender el mundo puede ser cuestionada desde los más diversos puntos de vista. De esto no son culpables sus detractores, sino tanto Marx como Engels y, por supuesto, todos aquellos que se han atrevido a definirse como marxistas. No cualquiera puede proveerse de tanta cantidad de elementos para construir un sistema que trate de explicar tan variada cantidad de situaciones históricas, económicas, políticas, ideológicas. Engels, a su vez, hace responsable de esta desmesura al espíritu del siglo XVIII, que acometió contra toda manera de pensar vigente en ese momento: “Los grandes hombres que en Francia iluminaron las cabezas para la revolución en puerta obraron ellos mismos de un modo sumamente revolucionario. No reconocieron ninguna autoridad externa, del tipo que fuera. Lo sometieron todo a la crítica más despiadada: religión, concepción de la naturaleza, sociedad, orden estatal; todo tenía que justificar su existencia ante el tribunal de la razón, o renunciar a esa existencia. El entendimiento que piensa se aplicó como única escala de todo”.¹

Tampoco es fácil criticar con sustento a autores que dejan en claro que es imposible establecer de manera definitiva ningún sistema que explique de una vez y para siempre “las conexiones del mundo físico, espiritual e histórico”.² Los seres humanos tenemos que aventurarnos a realizar una empresa que, por principio, es imposible pero necesaria. “Los hombres se encuentran, pues, situados ante una contradicción: reconocer, por una parte, el sistema del mundo de un modo completo en su conexión de conjunto, y, por otra, no poder resolver jamás esa tarea completamente, tanto por su propia naturaleza humana cuanto por la naturaleza del sistema del mundo”.³ Decir que la pretensión de Marx (Engels) era responder a cualquier tema divino o humano es falso; establecer que el futuro será de una manera y no de otra resulta no sólo falso, sino también un insulto a la inteligencia. La defensa del marxismo de Marx que pretende Eagleton no parte de la devoción del creyente, sino de “mis propias dudas acerca de algunas de las ideas marxianas”.

¹ Friedrich Engels, *La subversión de la ciencia por el señor Eugen Dühring. Anti-Dühring*, 1968, México, Grijalbo, p.17.

² *Ibid.*, p. 38.

³ *Ibidem*.

La idea en esta reseña no es ir objeción por objeción, ni tampoco por cada una de las aclaraciones y dudas planteadas por Eagleton, pero sí de aquello que pienso valioso para abrir el apetito de sus probables lectores. Este libro bien documentado se apoya, además, en el buen sentido del humor británico. Parece insólito que se esté produciendo una especie de resurrección de Marx como intelectual válido para explicar nuestra realidad actual. Esto tiene que ver también con la primera objeción a que hace referencia el autor sobre que “el marxismo está acabado”. El autor responde sin ambages que ojalá fuera así, ya que eso significaría que las causas del origen del pensamiento de Marx habrían desaparecido y no tendríamos que enfrentarnos con las terribles lacras de la sociedad decimonónica, en donde el capitalismo empezaba a consolidarse como modo de producción y, lo más terrible, como forma de vida miserable para la inmensa mayoría de la población del mundo, ya que este modelo de producción cumplió su destino de no dejar un centímetro de planeta fuera de su dominio. Consecuente con este deseo, el autor utiliza la metáfora de que los marxistas son como los médicos cuya tendencia es (o debiera ser) eliminar la fuente misma de su trabajo; en esencia, dice que el marxismo es una empresa estrictamente provisional; su propósito es superar las condiciones creadas por el capitalismo, de apropiación de los bienes comunes debida a una propiedad privada que se enfoca sólo en el lucro, a diferencia de lo que plantea John Locke en *Ensayo Sobre el Gobierno Civil*. Por lo cual, podemos decir que el problema no es Marx; si el liberalismo, u otra tendencia política, tuviera el propósito o hubiera logrado terminar con la lucha de clases, la explotación del hombre por el hombre, y organizar la sociedad de manera democrática, levantaríamos con orgullo esas banderas y encaminaríamos nuestros esfuerzos a tareas más dignas y elevadas. Pero en más de doscientos años, ni ha sido el propósito ni hemos logrado superar nuestras peores lacras.

A diferencia de aquellos que afirman con certeza absoluta que el marxismo es una nueva fe, o que tiene todos los elementos de una religión, Eagleton sostiene que los marxistas lo único que desean es dejar de ser marxistas: no es una manera de interpretar y cambiar el mundo para la eternidad. Tendrá la vigencia que tenga este sistema de dominación; una vez que haya desaparecido, también lo hará el marxismo. Dicho de otra manera, cuando la sociedad se libere de las imposiciones del modelo capitalista de producción, de la división del trabajo, de la propiedad privada de los medios de producción, del Estado de la clase dominante y de las diversas formas bajo las cuales ha

RESEÑAS

mutado el sistema dominante: mercantil, agrario, industrial, financiero, monopolístico etc., entonces no se necesitará del marxismo para denunciar y combatir tales injusticias. Marx no predijo en ninguna parte de su obra el fin de la historia, sino al contrario, su inicio; así lo sostiene con claridad en el *Prólogo de la contribución a la crítica de la economía política* de 1859: “Pero las fuerzas productivas que se desarrollan en el seno de la sociedad burguesa brindan, al mismo tiempo, las condiciones materiales para la solución de este antagonismo. Con esta formación social se cierra, por tanto, la prehistoria de la sociedad humana”⁴ Así iniciaría la verdadera historia de la humanidad, pero bajo condiciones absolutamente distintas, como lo sostiene en *La crítica del programa de Gotha*: “En la fase superior de la sociedad comunista, cuando haya desaparecido la subordinación esclavizadora de los individuos a la división del trabajo, y con ella, la oposición entre el trabajo intelectual y el trabajo manual; cuando el trabajo no sea solamente un medio de vida, sino la primera necesidad vital; cuando, con el desarrollo de los individuos en todos sus aspectos crezcan también las fuerzas productivas y corran a chorro lleno los manantiales de la riqueza colectiva, sólo entonces podrá rebasarse totalmente el estrecho horizonte del derecho burgués, y la sociedad podrá escribir en su bandera: ¡De cada cual, según su capacidad; a cada cual según sus necesidades!”⁵

¿Surgirán otros problemas? Probablemente. ¿Habrà injusticias? ¡Seguramente! ¿Cuáles serán estos problemas e injusticias? Puedo imaginarme algunos, simples y elementales, otros más complejos y sofisticados. Temo que deseos insatisfechos, amores no correspondidos, celos, envidias y todo aquello que hoy nos perturba y nos hace sentir insatisfechos seguirán estando presentes, y mucho más. Mientras seamos seres humanos nos preguntaremos por las cuestiones fundamentales, Dios y la fe, la bondad o la maldad, la generosidad o el egoísmo, la libertad y la esclavitud.

El pensamiento de Marx no pretende ser una filosofía total. “Por lo tanto no responde por los actos privados y públicos en general, que son incumbencia de las relaciones entre individuos y que discrepan o coinciden según su real saber y entender”. Dice Eagleton que si dos personas riñen o discuten por lo que sea, no tenemos por qué remitir este incidente a la lucha de clases. “La lucha de clases no puede abarcarlo todo”. Pero es claro que Marx plantea que, para entender la sociedad, tenemos que tener en cuenta que su característica es la división, no la unidad, y que esta división tiene su origen en los intereses diversos: “la sociedad está formada de intereses mutuamente

⁴ Carlos Marx y Federico Engels, *Obras completas*, Tomo I, 1955, Moscú, Editorial Progreso, p. 344.

⁵ Marx y Engels, *Obras completas*, t. II, 1955, Moscú, Editorial Progreso, p. 16.

incompatibles”. No hay Estado ni sistema político que pueda borrar estas diferencias, seamos conscientes de ellas o no; ninguna ilusión sobre la unidad del género humano o del interés general de un contrato social, o de la seguridad de la vida o la propiedad, impedirá que la sociedad entre en conflicto hasta que resuelva esas diferencias; mientras sigan subsistiendo, se requerirá de la violencia —y de su monopolio por la clase dominante— para mantener su legitimidad.

Marx no era partidario del Estado ni su defensor. Para él, es siempre un instrumento de violencia de la clase dominante. En la sociedad burguesa, el Estado se encuentra al servicio de esa clase; el Estado nunca es imparcial: puede ser mediador o jugar a favor de una u otra opción dentro de la misma clase dominante, pero jamás en contra de ella. Por esto, es iluso pensar que sea neutral o que no reprima a aquellos que amenazan o puedan amenazar los intereses que representa.

¿Quiere decir esto que Marx proponía su supresión? Dice Eagleton que no: “Lo que Marx espera ver desaparecer es el Estado en su faceta de instrumento de violencia [...] El Estado que Marx aprobaba era el del gobierno de los ciudadanos sobre sí mismos, y no el de una minoría sobre una mayoría [...] El Estado según Marx, se ha apartado de la sociedad civil hasta el punto de que, entre ambos, existe una contradicción manifiesta. Por ejemplo, como ciudadanos de este Estado, somos iguales en abstracto, y, sin embargo, no hemos dejado de ser extraordinariamente desiguales en nuestra existencia social diaria.” El gran tema con los anarquistas será el de la abolición del Estado; esto Marx lo considera una posición infantil, voluntarista: el Estado no puede ser suprimido por decreto; será en esta polémica que surgirá el concepto de “dictadura del proletariado”.

En la sociedad burguesa, el Estado y la sociedad son entidades opuestas; se trata de establecer unas condiciones absolutamente nuevas, inéditas en la existencia humana: que el Estado esté, realmente y en la práctica, al servicio de la sociedad, subordinado a ella. “El socialismo es la culminación de la democracia, no su negación”; esta referencia de Eagleton está presente en Marx en época tan temprana como en el *Manifiesto* y será referencia continua a lo largo de toda su obra.

Un par de apuntes finales. ¿Cuál será la clase que hoy se pueda encargar de llevar a cabo esta tarea? En los tiempos de Marx resultaba claro que era la clase obrera, que no tenía nada que perder, excepto sus cadenas; en estos tiempos no queda tan claro como en el siglo XIX. La clase obrera, como fuerza única consciente y liberadora de todas las clases explotadas, aparece en estos momentos como una opción limitada. Parece que la noción de clase trabajadora, que también emplea Marx, es más adecuada para integrar la idea y las tareas

RESEÑAS

que proponía y que se encuentran destacadas a lo largo de toda la obra de Eagleton, pues tienen que ver con la acción humana orientada a alcanzar su libertad. Dicho en palabras de Marx, pasar del reino de la necesidad al reino de la libertad, alcanzar su pleno desarrollo material y espiritual, entendiendo como lo señala Eagleton, que los materialistas no niegan el espíritu, sino que recuerdan que la realización del espíritu precisa de ciertas condiciones materiales. Dichas condiciones no garantizan nuestra satisfacción espiritual, pero ésta no puede tener lugar sin aquélla.

Por último, ¿es Marx un personaje conocido, del cual podamos tener certeza para calificarlo de tal o cual manera, como un monstruo sin sentimientos movido por su resentimiento o como el creador de una ideología perversa que engendró tiranos como Stalin? Nadie puede ser responsable de los crímenes que se cometan en su nombre; tenemos ejemplos de sobra a lo largo de la historia. Tampoco Marx. Lo muestran, por ejemplo, unas líneas que encontré al revisar algunas viejas lecturas para escribir estas palabras, una referencia de Franz Mehring, en la biografía que escribió de Marx en 1918, a cien años de su nacimiento; en el apartado titulado “Familia y amigos” da cuenta de una carta dirigida a Lassalle, en agradecimiento del pésame por la muerte de su hijo Edgar (el viernes santo del año 1855). Marx escribía el 28 de julio: “Dice Bacon que el hombre verdaderamente grande tiene tantos lazos que le atan a la naturaleza y al mundo, tantos objetos que solicitan su interés, que puede fácilmente perder uno sin dolor. Yo no me cuento entre esos hombres grandes. La muerte de mi hijo me ha sacudido el corazón y el cerebro, y sigo sintiendo la pérdida tan vivamente como si hubiera ocurrido ayer mismo. Mi pobre mujer está también destrozada”.⁶

¿Cómo será el mundo del futuro? ¿Cómo imaginó Marx que sería el mundo del futuro? No lo tengo claro, pero creo que se puede afirmar que no será como lo pensó él, ni como lo pueda pensar cualquiera persona. Pero se parecerá en algo, seguramente, a lo que hemos soñado todos los que nos hemos permitido el lujo de soñar.

PATRICIO SEPÚLVEDA ORTIZ

Departamento Académico de Estudios Generales,
Instituto Tecnológico Autónomo de México

⁶Franz Mehring, *Carlos Marx. Historia de su vida*, 1967, Barcelona, Grijalbo, p.258.